

N.º 3.—El Egipto.

I.

Napoleon era ya el amo cuando, general en jefe del ejército de Italia, hacía y deshacía los tronos. ¿Por qué no dió en esta época su golpe de Estado contra el Directorio? El mismo va á explicarnos por qué emprendió la expedición de Egipto, en vez de derribar la constitucion: "Un partido, dice en Santa Elena, compuesto de los diputados influyentes en los dos consejos, los fructidorianos que buscaban un protector, los generales más notables y más ilustrados, instaron mucho tiempo á Napoleon para que *hiciese un movimiento* y se pusiera á la cabeza de la república. Se negó á ello; *el tiempo no había llegado*; no se creía bastante popular aún para andar solo... Se determina á partir para Egipto, pero con la resolucion de reaparecer desde que las circunstancias vengan á hacer su presencia necesaria, como ya lo entreveía. Para que fuese el dueño de la Francia, era necesario que el Directorio sufriese reveses en su ausencia, y que su vuelta llamase de nuevo la victoria bajo nuestras banderas,, (1).

Admiremos la honradez de esta politica. El general Bonaparte había jurado fidelidad á la constitucion del año III, y se decide á derribarla sin el menor escrúpulo. ¡Esto se llama hacer un movimiento! Si aplaza sus proyectos, es porque necesita un pretexto. El 18 brumario, el gran crimen que echó en cara á los directores fué que estaban vendidos por la coalicion de la Europa. Y ¿quién preparó esas derrotas? ¿Quién especuló con las desgracias de la Francia? El general Bonaparte. Si hubiera continuado al frente de su ejército, no hubiera habido coalicion; ó si se hubiese formado, hubiese sido destruida. El vencedor de Austria prefirió abandonar la Francia á los azares de una guerra desgraciada; pero cuanto más mala era la suerte de la república, más probabilidades tenía aquél de hacer su movimiento. ¡Y hay historiadores que se atreven á hacer la apologia del 18 brumario!

Si el general Bonaparte tenía tan poco respeto á la constitucion, ¿cómo había de respetar la in-

dependencia de los Estados extranjeros? Un historiador aleman llama la expedición de Egipto una piratería. Schlosser añade que Napoleon despreció siempre la *moral vulgar* como nó hecha para un genio y un héroe (1). No sabemos si puede decirse que Napoleon despreciaba la moral; parece ignorarla hasta el punto de dudar que existen deberes y derechos para los pueblos. La palabra *piratería* no es bastante fuerte para caracterizar la expedición de Egipto. ¿Preguntáremos con qué derecho el general Bonaparte llevó la guerra á una provincia del imperio turco? Escribió al Directorio: "El imperio de los Turcos va pereciendo de día en día. La posesion de las islas de Corfú, de Zante y de Cefalonia nos pondrá en situacion de sostenerlo tanto como sea posible, ó de tomar nuestra parte de él. No están lejanos los tiempos en que veremos que para destruir verdaderamente á la Inglaterra, tenemos que apoderarnos del Egipto. El vasto imperio otomano, que perece de día en día, nos pone en la obligacion de pensar con anticipacion en buscar los medios para conservar nuestro comercio del Levante,, (2).

Pues bien, el imperio turco está enfermo; es preciso despojarlo ántes que esté muerto. Además, hay que apoderarse del Egipto, porque es un excelente medio de arruinar á Inglaterra. ¡Tales son las razones que justifican á los ojos del general Bonaparte la guerra que va á llevar á una provincia de la Turquía! Este imperio que se desplomaba era el aliado más antiguo de la Francia. ¿Cómo conciliar una obra de expoliacion con los deberes de la amistad? Nada más fácil, si hemos de creer al ministro de relaciones exteriores del Directorio. Este ministro se llama Talleyrand. Es uno de aquellos que, en 1814, acusaron á Napoleon de haber pisoteado los derechos de los pueblos. Vamos á ver quién es el más culpable, el general ó el ministro. Talleyrand escribe á Bonaparte: "Vuestras ideas sobre el Egipto son grandes, y la utilidad de ellas debe sentirse... Si se hiciese la conquista de él, debería ser para descubrir las intrigas rusas é inglesas que con tanta frecuencia se renuevan en este desgraciado país. Un servicio tan grande hecho á los Turcos los induciría fácilmente á dejarnos en

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIIIten Jahrhunderts*, t. v, página 91.

(2) Despacho confidencial del 23 de Agosto de 1797 (*Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, p. 109).

(1) *Mémoires de Napoleon*, escritas por el general Montholon (Paris).

él toda la preponderancia y todas las ventajas comerciales de que tenemos necesidad. El Egipto, como colonia, reemplazaría muy pronto á las Antillas...,, (1). El ministro supone en los Rusos y en los Ingleses miras sobre el Egipto; para descubrir intrigas que no existen, halla bueno el hacer la conquista en provecho de la Francia; ¡y despojando á la Turquía, pretende hacerla un servicio! El servicio consiste en que el Egipto será una colonia francesa! Decididamente los Turcos serian unos ingratos si no se mostrasen agradecidos á tan grande beneficio. Talleyrand está muy persuadido de ello. Reconoce que este acontecimiento hará muy mala impresion en la Sublime Puerta. Esos bárbaros no comprenden su interes. No ven, de tal modo están ciegos, que si se les roba, es únicamente para darles gusto: "Nuestro establecimiento en Egipto no tendrá otro fin que el de conservar esta provincia y el de librarla de la insubordinacion de los beys, tanto como de la influencia que los Ingleses han adquirido en ella,, (2). Si los Rusos y los Ingleses, por su parte, hubiesen prestado los mismos servicios al imperio turco, no hubiera quedado nada al pobre sultan, y aún hubiese tenido que dar las gracias á sus queridos amigos por haberle libertado de sus enemigos. Aplauda, lector: la comedia se ha representado.

El sultan acusó á los Franceses de ser *expoliadores y perjuros* (3). No comprendía nada en materia de bromas delicadas. En su manifiesto, la Puerta Otomana empezó por recordar que, en el momento en que la Europa entera se coaligó contra la Francia, también se la solicitó para que entrase en esta alianza; pero, fiel á su rectitud, no se separó de su sistema de neutralidad. No tan sólo no rompió sus relaciones con la república, sino que la ayudó en sus apuros, cuando ella misma sufría los horrores de una penuria, lo que dió lugar á las quejas de las demas potencias. Hé ahí lo que hicieron los bárbaros. Veamos lo que hicieron los civilizados para manifestar su agradecimiento. Habiendo sabido la Sublime Puerta que una expedición se dirigía hácia el Egipto, pidió explicaciones categóricas al minis-

tro de Estado. Talleyrand, desconfiando de persuadir á los Turcos el servicio que la república iba á prestarles cuando los expoliaba, negó descaradamente que Bonaparte tuviese el proyecto de conquistar el Egipto, y declaró que no tenía por fin más que apoderarse de la isla de Malta, lo que ciertamente sería un señalado servicio hecho á la Puerta, pues que la orden creada para hacer una guerra eterna á los infieles sería destruida. Contaba, decía, con el agradecimiento de los Turcos. En fin, protestó que quería conservar y fortificar cada vez más la amistad que desde hacía tanto tiempo unía á la Francia y á la Turquía. ¿Qué pensaron los bárbaros de Oriente de la politica europea? Compararon los Franceses á *corsarios*, y la historia dice que tenían razon (1).

II.

El general Bonaparte se apoderó al paso de la isla de Malta. Nada más curioso que la primera proposicion que de ello hizo al Directorio: "¿Por qué no nos apoderáramos de la isla de Malta? El almirante Brueyès podría muy bien anclar allí y apoderarse de ella. Cuatrocientos caballeros y todo lo más un regimiento de quinientos hombres son la única guardia que hay en la ciudad de la Vallette. Los habitantes, que ascienden á más de cien mil, están inclinados por nosotros y muy disgustados de sus caballeros, que no pueden ya vivir y mueren de hambre. Les he hecho confiscar expresamente sus bienes en Italia. Con la isla de San Pedro, que nos ha cedido el rey de Cerdeña, Malta y Corfú, serémos dueños de todo el Mediterraneo,, (2).

¿Por qué no tomaríamos Malta? Hé ahí un rasgo que caracteriza la politica napoleónica. ¿No se diría que se trata de una tierra vana y vaga que pertenece al primer ocupante? El derecho de los caballeros en la isla de Malta era tan sagrado como el de la república en el territorio de la Francia. ¡Y no tiene ni pizca de escrúpulo el general republicano! Todo lo que dice parece el cálculo de un héroe de carretera: "Allí hay un hombre cuya propiedad me convendría mucho; está sin defensa,

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, página 110.

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, página 194.

(3) *Hatti-Scheri*, del 4 de Setiembre de 1798 (*Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, p. 201).

(1) Manifiesto de la Puerta Otomana (*Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, p. 215-217).

(2) Despacho confidencial del 13 de Setiembre de 1797 (*Mémoires tirés des papiers d'un homme d'État*, t. II, p. 110).

sus gentes son mías; ¿por qué no me he de apoderar de ella?», Nuestra comparacion, aunque injuriosa, no es aún bastante significativa. Hay que oír al ministro de relaciones exteriores, respecto á las relaciones que existían entre los caballeros de Malta y la república. Es Carlos Delacroix, no Talleyrand, el que habla; escribe á Bonaparte: «La expedición es imposible para nosotros. *Habiendo observado Malta exactamente la neutralidad, hasta habiendo auxiliado muchas veces nuestros buques y nuestros marinos, no tenemos ningun pretexto para entrar en guerra con ella,* y seguramente el Cuerpo legislativo no vería con gusto esas hostilidades» (1).

Carlos Delacroix hubiera hecho un buen ministro de los Bárbaros de la Turquía. Cedió el puesto á Talleyrand. Hé ahí un hombre digno de comprender las grandes miras de Bonaparte. «Ha sabido, dice, que la isla de Malta se ha convertido en el foco de las intrigas austriacas, rusas é inglesas. Además, está gobernada por un gran maestro austriaco. Importa prevenir al Austria, la Rusia y la Inglaterra. Después de todo, el estado de guerra en el cual estamos con esas potencias, nos dispensa, si esto nos conviene, de dar motivo alguno» (2). El 23 de Agosto de 1797 no había ningun pretexto de guerra, y Carlos Delacroix declaraba la empresa imposible. El 27 de Setiembre, Talleyrand abunda en los proyectos del general Bonaparte. ¿Es necesario decir que sus razones son dignas de figurar en el manifiesto de un héroe de carretera? Las intrigas de la Inglaterra, de la Rusia y del Austria, que Talleyrand había súbitamente descubierto, eran una invención diplomática. Aunque hubiesen existido, la Francia hubiera debido prestar su apoyo á los caballeros en vez de despojarlos. El raciocinio de Talleyrand es el de un ladrón que se apresura á robar, por temor que uno de sus camaradas en raterías no se le adelante.

§ III.—La segunda coalición.

Los reyes se coaligaron para imponer á la Francia un régimen que estuviese en armonía con el de

(1) Despacho confidencial del 23 de Agosto de 1797 (*Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. II, p. 111).

(2) Despacho del 27 de Setiembre de 1799 (*Mémoires d'un homme d'Etat*, t. II, p. 111).

la Europa monárquica y feudal. Cuando la monarquía cedió el puesto á la república, y que los excesos del 93 sublevaron hasta los partidarios de la revolucion contra la Francia, la coalición se hizo universal; se propuso, si han de creerse sus declaraciones, el restablecer el orden moral profundamente perturbado por los crímenes del Terror; y, en las relaciones internacionales, quería mantener el derecho contra las violencias revolucionarias que amenazaban trastornar la Europa de arriba á abajo. Hemos dicho que esas bellas palabras no eran más que un disfraz, y que las potencias coaligadas perseguían cada una de ellas un fin particular de engrandecimiento. La política de los reyes, durante la Revolución, era siempre la antigua política que había presidido al reparto de la Polonia. Era, á la letra, el reinado de la fuerza.

La república victoriosa obligó á la Prusia á tratar en Basilea, y al Austria á cederla los límites del Rin en Campo-Formio. Esas paces no fueron en realidad más que treguas. Las conquistas de la república conmovían el antiguo edificio de la Europa y comprometían el equilibrio de las potencias, este ídolo al cual los príncipes sacrificaban sin escrúpulo los derechos sagrados de los pueblos. Después como antes de la Revolución, el equilibrio político fué un pretexto, unas veces de guerra, otras de alianza; la insaciable codicia de las monarquías era la verdadera causa que perturbaba la Europa. No fué porque la paz de Campo-Formio rompía la balanza entre la república y la Europa por lo que se formó la segunda coalición. Aunque Austria había recibido largas compensaciones en Italia por la adquisición de Venecia, no estaba satisfecha. Conocemos sus pretensiones. Si en las conferencias de Selz, la república hubiera consentido en abandonarle la Baviera, el emperador no hubiese ya tenido ningun escrúpulo en ceder á la Francia la orilla izquierda del Rin. Uno solo de los coaligados, el czar Pablo, estaba animado de verdaderos sentimientos contrarrevolucionarios; la legitimidad la tomaba á pechos, mucho más que el engrandecimiento de su inmenso imperio. Ante todo, el czar quería restaurar al rey de Cerdeña, que el Directorio acababa de destronar de una manera bastante brutal. ¿Cuál fué su extrañeza cuando el Austria, dueña del Piamonte, se negó á restablecer al rey, tan indignamente tratado por la república! Pablo se retiró de la coalición. La conducta

del Austria basta para juzgar la liga de los reyes contra la república francesa. Es preciso que nos detengamos en ella. Recientes publicaciones nos permiten dar algunos detalles desconocidos hasta hoy respecto á las pretensiones del Austria y á las complacencias de la Inglaterra con su aliada.

La Inglaterra empezó por unirse al czar Pablo. Era preciso captarse al autócrata, porque gracias á su cooperación, los coaligados habían expulsado á los Franceses de Italia. Pero los Austriacos, orgullosos con sus victorias, no ponían ya límites á sus exigencias. Cuando la corte de Londres pidió que el rey de Cerdeña fuese repuesto en su trono, el emperador se hizo el sordo; después declaró que entendía guardar el Piamonte para él. ¿Quién creería que las grandes potencias se habían coaligado contra la república para reemplazar la violencia revolucionaria con el derecho! La conducta del Austria legitimaría los excesos de la república, si los excesos pudieran ser legitimados. No bastó el Piamonte á la voracidad austriaca: recuérdese que esta expresión un poco dura es de Federico II. Necesitaba además la Saboya y Niza: eran dependencias del reino de Cerdeña que pertenecían al vencedor á título de accesorios. Necesitaba aún Génova; la república era en verdad un Estado independiente; pero ¿quién no ve que una coalición de monarcas no podía dejar subsistir un Estado republicano? En fin, el Austria reclamó las Legaciones, sin duda para redondear sus posesiones italianas, porque contaba con guardarse á Venecia, aunque ésta fué un dón de la república francesa (1).

Guardarse á Venecia, cuando el Austria rompía el tratado de Campo-Formio, era ya un gran escándalo. ¿Pero Génova! ¿Pero las Legaciones! ¿Pero el Piamonte! En cuanto á Génova, el embajador de Inglaterra, lord Minto, escribió al ministro de negocios extranjeros, lord Grenville (2), «que el emperador sería gustoso en añadir esta gran ciudad comerciante á sus Estados italianos.» ¿Cómo negarle esta pequeña satisfacción? Después de todo, no era más que una república, y como tal de buena presa. Pero las Legaciones pertenecían al más

legítimo de los soberanos, al santo padre. Ahora bien, ¿no se habían ligado los reyes para restaurar los altares así como los tronos? El emperador de Alemania, el jefe de la coalición, ¿no era el defensor nato del papado? ¿Y héte aquí que el protector de la Iglesia pone la mano en el patrimonio de San Pedro!

Es inútil preguntar al Austria cómo conciliaba el derecho y la justicia con sus pretensiones. Tenía una excelente razón, la fuerza y su interés. El Austria quiere dominar en Italia, la república francesa contraría esta soberbia ambición; desde entonces el emperador necesita una barrera contra las invasiones de la Francia (1). ¿Por qué Austria debe reinar en Italia? Porque tal es su gusto. Y la Inglaterra no tiene nada que objetar contra esta razón decisiva. Lord Minto no se inquietaba más que de una cosa: ¿qué dirá la Prusia? ¿No invocará el equilibrio roto por este engrandecimiento excesivo de un imperio rival, para reclamar por su lado un aumento de territorio? Y ¿en dónde lo tomará? El gabinete de Viena responde que la Prusia está indemnizada de antemano por la gran parte que ha tenido en el reparto de la Polonia. Si esto no le basta, se le permitirá tomar una compensación en Alemania. ¿Así pues, el emperador traficaba con el imperio á fin de redondear sus Estados de Italia! Es cierto que la envidia austriaca añadió una reserva á sus concesiones: bien quería que la Prusia tomase algunos trozos de tierra en Alemania, con tal que fuesen los menos posible (2). Pero poco ó mucho, ¿qué importa? No dejaba por eso el emperador de violar su juramento, pues que en su coronación había jurado conservar la integridad del imperio, y que su título mismo le imponía el deber de extender los límites de él (3).

¿Consentirá la Inglaterra en este trastorno de la Europa? Por lo que á ella toca, no tiene objeciones que hacer á las peticiones del Austria, dice lord Grenville, porque no envidia su grandeza (4). Hé ahí sentimientos bien generosos; sólo que la generosidad ¿no hubiera debido ejercerse

(1) *Lettre de lord Minto à lord Grenville* (*Castlereagh papers*, tomo v, p. 4).

(2) «Provided, it were not much.» (*Lettre de lord Minto, dans les Castlereagh papers*, t. v, p. 6).

(3) *Mémoires des Rois* (véase mi *Estudio sobre el papado y el imperio*).

(4) *Carta de lord Grenville à lord Minto*, del 6 de Setiembre de 1799 (*Castlereagh papers*, t. v, p. 7).

(1) *Carta de lord Minto à lord Grenville*, del 17 de Agosto de 1799 (*Correspondance despatches and other papers of viscount Castlereagh*, t. v, p. 3).

(2) «The emperor would be very glad to adthat great trading city and sed apor to his dominions.»